



LOS
IN-
SOSPECHABLES

LA FALENA DE LAS COLINAS



vanilla planifolia



LOS
IN-
SOSPECHABLES

DIRECCIÓN LITERARIA
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL
Rodrigo Fernández de Gortari

COORDINACIÓN EDITORIAL
Luis Ernesto Nava Buenfil

DISEÑO DE PORTADA E INTERIORES
Tres laboratorio visual
Jorge Brozon | Rafael Rodríguez

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
La Phalène des collines
© Koulsy Lamko, 2002

DE LA TRADUCCIÓN: Mónica Mansour

D.R. © Vanilla Planifolia, S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-95650-2-2

www.vanillaplanifolia.com | info@vanillaplanifolia.net

Se autoriza reproducir, transmitir, comunicar o almacenar el contenido de esta publicación, siempre y cuando se cite la fuente de la que se obtuvo.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

LA FALENA DE LAS COLINAS

KOULSY LAMKO

TRADUCCIÓN | MÓNICA MANSOUR

ÍNDICE

EXORDIO	03
I	
LEVANTO EL VUELO	15
II	21
III	29
IV	41
V	
PUENTE SOBRE NYABORONGO	53
VI	71
VII	83
VIII	91
IX	101
X	109
XI	125
XII	131
XIII	139
XIV	147
XV	155
GLOSARIO	165

A Valentine Rugwabiza, la amiga, dedico esta logorrea verbal ininterrumpida, fruto de los paisajes de dolores, dudas, risas y esperanzas que hemos recorrido juntos sobre el destino humano, África. “Todo lo que puedo escribir/ lo he tomado de la tinta de tus ojos.”

A Alice Karekezi, “Ngonkom”, que planta jazmines, maravillas, éricas y retamas en el suelo cenagoso de Butare, le digo estas palabras: “Plantemos, hermana, y la lluvia y el sol harán crecer la esperanza”.

A Emile Rwamasirabo, el incansable camarada africano, tengo ganas de murmurar que nuestros sueños son justos, porque son múltiples, cargados de los sueños verdaderos y tercios de nuestros pueblos.

A Nefertiti mi hija y Clo mi esposa, les digo gracias y bravo por la paciencia. Deseo recoger para los míos estas palabras del Che: “...Admito que soy un aventurero, pero de una especie diferente; soy uno de los que arriesgan el pellejo para comprobar que lo que creen es verdad.”

Creo en la vida.

EL AUTOR

EXORDIO

TRES MESES DAN TREINTA DÍAS MULTIPLICADOS POR TRES. LUEGO hay que agregar tres o dos días según si estamos en año bisiesto o no... si se toma en consideración el mes de febrero. Si se sabe calcular bien, treinta veces tres dan noventa. Si a eso añadimos diez para redondear la cifra, la suma es igual a cien. Si nos ponemos a multiplicar cien por diez y otra vez por diez y otra vez, acabaremos por alcanzar el millón y luego, si queremos, podremos dividir para encontrar una media honorable.

Sumar, restar, multiplicar, dividir, se encuentra siempre en la operación... de lo que sobra. Y además el ejercicio contable con mucha frecuencia necesita una prueba.

En lo que se refiere a las unidades o las fórmulas, y para ir tan rápidamente como el siglo, se puede abreviar. Por ejemplo, por convención, decámetro es dam, decalitro se contrae en dal, hidrógeno en H_2O .

¡En cambio, lo inaceptable es cuando se abrevia “Muertes de hombres”! Inaceptable porque dentro de hombres también hay mujer, anciano, bebé, hombre, vida, esperanza, eternidad...

Si uno quisiera revolver el fondo gorgoteante y cenagoso de un pozo agotado, si uno quisiera verdaderamente hacerlo sin temor a despertar a la víbora cornuda que duerme allí enrollada sobre su cola, si uno quisiera hacerlo aceptando el riesgo de remover las emanaciones fulgurantes y nauseabundas del fango...

Allí se detiene la historia matemática; aquí comienza la era del poeta: la vocación de una polifonía sobre arpegios de cacofonías dolorosas.

No obstante, aquí sólo tengo un derecho: el de la paráfrasis de la historia.

I

LEVANTO EL VUELO

ALLÁ ABAJO, LAS MUJERES EN FILA SE AGACHAN Y RECOGEN ladrillos. Fabrican la zanja en el costado bajo del camino que están asfaltando. Para drenar el agua de las lluvias. Las mujeres construyen; saben trepar ágilmente a los andamios bambolean-tes de madera de eucalipto. En sus canastas acarrean ladrillos de barro cocido e ideas. Canastas de ideas. Y en sus casas, el pensamiento no se interpone entre la mano y la llana. Desde siempre; pero también desde que el vértigo del caos se apoderó del cerebro de los hombres.

Yo, desde entonces, soy una falena, una enorme mariposa nocturna con colores de suelo quemado. No nací de hombre ni de mujer, sino de la rabia. Surgí de una nada de fantasma y de los restos secos de una mujer anónima en medio de otros cadáveres amontonados en una iglesia-museo-sitio del genocidio. Antes del caos, el universo entero me conoció y me aduló. Yo había vivido en la carne de una auténtica reina: “La del centro de las vidas.”

Levanto el vuelo; un vuelo gracioso de falena. ¡Cerrar el futuro sobre el puente de las transformaciones...! Atravesar el puente de las transformaciones hacia el aturdimiento, la diversión. No esperar ya nada de la tiranía del tiempo, ese consorte despiadado listo para imponer la ferocidad de su carrera inalterable y que modela insidiosamente la greda, endurece los acontecimientos, lleva hacia lo carcomido, la ineludible destrucción.

Vuelo en el viento brumoso sacudido por finas gotitas de lluvia. Me elevo hacia las alturas. Entretenerse, aprovechar el vagabundeo de una vida de falena. ¡Y que se vaya al carajo el mundo con sus convenciones, sus normas, sus compartimentos, sus casilleros, sus anaqueles, sus armarios, sus laberintos, sus pasillos, sus policías!

Miedo... Tengo miedo. ¡Tengo miedo! Miedo del cielo y de sus innumerables constelaciones, su espeso silencio, su enigma tortuoso, su inalterable volición que rechaza la bajeza, la evanescencia de su carne etérea. No elevarse demasiado para no correr el riesgo de golpearse el tórax contra una nube. Miedo de la tierra, de su glotonería, su perfidia, su necedad, la tiña en el nacimiento magullado de sus cuernos... todos sus valles y grietas de desventura. No descender demasiado; las fuerzas de atracción hacen entrar en barrena al atolondrado que se arriesga a ras de tierra.

El embriagador vértigo del vacío me emborracha. Y soy la vida terca que exige vivir en medio de la vida que se obstina en vivir. Sin embargo, predigo el apocalipsis, el choque infernal de los residuos del cielo y los jirones de la tierra en un baño maría, si la vanidad de los hombres se niega a dejarse injertar un corazón un poco más generoso.

Vuelo. Osadamente.

Las sendas trepan serpenteando en medio de los platanares donde se asientan, ocultos, los nidos de los tejedores. Las sendas escalan las colinas, atraviesan los campos de frijol y de chícharo en terrazas sobre la falda de las colinas, esos gigantes montones de arcilla laterítica. Mi trompa desenrollada chupa deliciosamente el polvo de polen a mi alrededor. Allá arriba, el crepúsculo se sonrosa por la sangre de las luces vespertinas; el azul se viste de arco iris. Sublime magia de la naturaleza.

Más allá de los techos de teja rojiza laqueados con musgo negro y esparcidos sobre el tapiz verde esmeralda, un puñado de vehículos por acá y por allá apachurrados en los accidentes en que se voltearon cubre los barrancos bordeados de eucaliptos.

Rubona, aldea discreta en un hueco entre un puñado de colinas como senos. Dejo de volar. Me poso, extenuada de agitar mis inmensos brazos en vuelo. Camino sobre la nervadura de una hoja caduca de aguacate silvestre.

Alargo mis antenas. ¡Extraño estruendo! Canciones a voz en cuello, berridos de aleluyas atronadoras: el pueblo de Dios ha tomado por asalto sus iglesias. Sube una cacofonía de cánticos que se desbordan, se entremezclan en el viento:

Es tan maravilloso, realmente maravilloso
abandonar este mundo y seguir a Dios.

Hakuna Mungu kama wewe

Hakuma Mungu, Asante, Asante.

Praise the Lord and you'll be in happiness.

Si estás listo, él te llevará,

Aleluya, Aleluya.

¡Carajo! ¡Más aleluyas en las iglesias! ¡Como durante los réquiems y las sempiternas inhumaciones decentes donde se co-dean obispos libidinosos con mitra, pastores libertinos en saco negro de chaqué e imames histéricos con chilaba esponjada!

El reverendo pastor, un *musungu*¹, oficia sobre un altar pintado y barnizado con manchas de sangre y grasa de los hombres y mujeres que fueron asesinados allí cinco años antes. Entre los aleluyas exaltados, los fieles negros no sueltan prenda, burbujan como rápidos del gran río, rezan a veces clavados al suelo por las rótulas, a veces de pie con los brazos abiertos hacia el techo mendigando gracia. Una mujer alucinada desglosa el *tempo* de los amén, acelera el ritmo de su visión con borborismos de cabra en celo. Su voz atormentada se descarrila en dirección a la octava superior, trepa en *crescendo*. Penetra en el *abscons* del misterio de los frutos de la fe. Lo ilógico y la santa sinrazón se apoderan de su espíritu en éxtasis y de su cuerpo en trance. Habla en lenguas, un balbuceo más allá de la inteligencia impuesto por el Espíritu y, durante los momentos de lucidez, anuncia que camina sobre el oceano gris-verde con ira pero no se hunde; ella, con el cuerpo erguido en desafío de la gravedad. Sostiene firmemente que contempla el cielo abierto y ve los gigantescos brazos iluminados de Dios extendidos hacia ella. Luego, como arrebatada por una crisis de histeria, grita que un gato negro le hunde las garras en el cráneo y trata de robarle el cerebro. En respuesta a estos vuelos líricos, los “aleluyas-améngloria-a-Dios-gracias-Señor”, jadeantes esticomitias o versículos melodiosos, brotan bajo las cabezas gachas, circulan entre

¹ *musungu*: blanco, güero.

las bancas, trepan a lo largo de los muros hacia el techo, hacia lo invisible, la omnipotencia.

El reverendo pastor desciende de las alturas, satisfecho de haber logrado provocar a los espíritus maléficos reacios, todavía agazapados en el limbo de sus fieles. Viene hacia la mujer poseída, le tiende las manos sobre el cráneo y, desgañitándose, ordena a los demonios que evacúen la santa sala. Un largo bufido desgarr a la mujer entregada a la batalla de los espíritus. La mujer se desploma, se duerme casi enseguida, agotada por la sesión de exorcismo. El concierto de los aleluyas retoma su curso normal después de un breve silencio.

Una violenta náusea se apodera de mí. Levanto el vuelo para evitar el riesgo de vaciar mis entrañas.

¡Carajo! Allá abajo en el suelo, una mariposa diurna, una apolo, se consume. Su cuenta regresiva se desgrana, hace estallar el tiempo en mil migajas que tamborilean dentro de su cabeza, cada una con un estruendo de reloj loco, oxidado. El brillo de sus alas amarillo y negro ya no se libra del deterioro. Sus finas escamas se empiezan a corromper, se desmoronan, se hacen polvo. Hormiguitas negras van, vienen, interminables entrecruzamientos, trepan a su abdomen, escalan su tórax, dibujan jeroglíficos furtivos sobre sus alas, tratan de convencerse de que es ahora una presa inofensiva. La mariposa mueve las alas débilmente; las hormigas se apartan subrepticamente, pero muy pronto reanudan su pesquisa, persisten en su ronda asidua. Pronto, como exploradoras, trajinarán sobre las dunas, los valles, las ciénagas, los desiertos para dar la voz de alarma. La horda acudirá en tropel, hervidero negro, como un maremoto de noche sin luna. Fluirá hacia el despojo de la hermosa apolo abriéndose paso a través de la hierba, sobre la arena, por encima de los puentes de ramas rugosas, un trazo claro y preciso. La horda de hormigas levantará a la mariposa, cada hormiga sosteniéndose sobre sus frágiles y minúsculas patas, cada hormiga liberando con su movimiento increíbles kilojulios de fuerza para cargar el despojo. Apenas se les verá trabajar. Sin embargo, se verá al lepidóptero seco a ras del suelo. Y la horda migrante volverá a su casa, reproduciendo

exactamente el mismo recorrido sobre la arena caliente, los valles, los puentes de ramas.

Migración fructífera cuando los insectos buscan su pitanza, hurgan una parcela de vida, conquistan una onza de libertad.

Al contrario, difícil migración la de los hombres, que se forjan un destino que de tan absurdo los inmoviliza hasta la afasia. Por acá y por allá, torturadores con el vientre atiborrado de crueldad, que gozan ante las vidas pútridas moldeadas por sus mercenarios en el fango de las lagunas se erigen sobre tronos. ¡Canallas regocijándose por el caos de los pueblos amordazados, aplastados y ofrecidos como pastura a la desesperación! ¡Y, encima, se echan sus peroratas! Se deleitan con peroratas como las guacamayas de las selvas amazónicas. Por acá y por allá se erigen muros, fronteras, barreras, campos de jolgorio coronados con alambre de púas. La apología del vientre se elabora a través de las palabras tiasas del derecho y de los sofismas hipócritas que no tienen vergüenza de exhalar los miasmas de la xenofobia.

¡Me río del territorio de los hombres! ¡Una triste obra de arte hecha en relieves accidentados y atormentados con arena rojo sangre! ¡Cómico el hombre, sobre todo cuando se le considera la más luminosa de las criaturas!



Fred R. sigue corriendo. Fred R. corre siempre su maratón de exiliado. No puede echar raíces en ninguna parte. En todos lados le quema el pavimento y Fred R., que quiere ser libre creador de su vida; ya no sabe en qué pedazo de tierra posar su paso. ¿Porque qué? ¿Es el exilio un gozo? ¡No! Obliga a extender el plato mendicante en la tierra de los vecinos, investigar quiénes son sus ancestros, simular sus risas, inhalar sus olores.

A veces, Fred R. se sorprende en medio de sus andanzas creyendo que sus días pueden volverse color de rosa, florecer como un ramo de hibiscos burlones sobre un seto verde de laureles. ¡Espejismo! Los días del exilio son traicioneros. Apuñalan entre las vértebras y te dejan en la encrucijada de un

“¿Dónde voy? ¿Cómo lo hago?” con un muñón en lugar de brazo que no alcanza corto para arrancar la daga.

Y Fred R. corre. Desde el primer día, corre hasta arruinarse el bazo y los pulmones. Recorre todas las vías del desprecio, los callejones sin salida, las calzadas en cuyos bordes se alinean rostros intolerantes, egoístas y atemorizados.

Ahora que lo pienso, la vida de una falena no es sino un destino de emigrado perpetuo, confeccionado con un rosario de azares, un remolino de metamorfosis. Huevo, larva, oruga, crisálida, mariposa y luego... polvo de mariposa.